EL ESPAÑOL EN LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA

Daniel Martín Mayorga

Allá por los años veinte del pasado siglo se dio por vez primera el hecho tecnológico de que los aviones pudieran posarse sobre el agua. A «eso» había que ponerle nombre, porque la palabra *aterrizar*, obviamente, no servía. Según nos cuentan los cronicones de la época, comenzaron a utilizarse espontáneamente los galicismos *amerrizar* y *amerrizaje*, hasta que la Real Academia de la Lengua, presidida por don Ramón Menéndez Pidal, ¡nada menos!, tomó cartas en el asunto y dictó sentencia: lo correcto era usar *amarar* y *amarizaje*.

Pero la cosa no quedó ahí. Antes bien, la polémica se reprodujo en tertulias y diarios. Alguno (*El Sol*) llegó a rechazar el dictamen académico, proponiendo a cambio la voz *enmarizar*. Hasta Valle-Inclán, que al parecer también estaba para estas cosas, echó su cuarto a espadas recomendando *aboyar*.

El neologismo cruzó el Atlántico y, al mismo tiempo que el avión *Plus Ultra*, llegó a la Argentina. Una nota en el rotativo porteño *La Razón* así lo reflejaba: «El Departamento de Marina adoptó hoy todas las disposiciones que ha conceptuado convenientes para el arribo y *amaraje* del *Plus Ultra* [...]».

En resumen, el primer ensayo de aplicación del nuevo término fue un fracaso. Ni *amarizaje*, ni *amerrizaje*, ni *enmarizaje*, ni *aboyaje*. Para el diario, *amaraje*. Y eso sin contar con que Buenos Aires, donde el aeroplano culminó su travesía, no es puerto de mar, sino de río, aunque sea tan grande como el Río de la Plata.

Sirva esta anécdota color sepia como ligera ilustración de las dificultades que le toca sortear a la lengua para acuñar e integrar la enorme cantidad de neologismos que la actividad científica y tecnológica genera. Antes fue el francés y ahora será el inglés; el caso es que es ingente el esfuerzo de adecuación al que ha de someterse el idioma español para mantener el tipo en un mundo donde la comunicación es instantánea y de alcance global. Se trata de un problema lexicográfico, pero también (sobre todo) cultural y económico.

A estas alturas la ciencia y la tecnología dan pocas facilidades. Su complejidad, extensión y sutileza reclaman del lingüista sistematización, rapidez de respuesta, precisión conceptual, homogeneidad interdisciplinar y flexibilidad para adaptarse a la variedad de medios de comunicación.

Siempre ha sido así, pero menos. Como es conocido, el impulso inicial de la lexicografía científica se da en el siglo XVIII con el *Diccionario de términos técnicos* de Esteban Terreros y Pando y el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española. Estábamos en los albores de lo que se ha venido en denominar «Gran Ciencia europea», y la inquietud de nuestros ilustrados estaba limitada precisamente por el incipiente desarrollo de tales disciplinas, aunque atenta a la aparición de diccionarios especializados en francés, idioma entonces dominante.

La Revolución industrial supuso la constatación del retraso científico español. Y la consecuente relajación terminológica dejó camino expedito a la introducción sin límites de vocablos extranjeros, cuya procedencia fue cada vez más germánica e inglesa. Y ya entonces se marca la tendencia que se ha venido manteniendo invariable hasta nuestros días: los esfuerzos para remediarlo no van a venir del lado de los lingüistas, sino de los científicos, necesitados de herramientas conceptuales y terminológicas

para desarrollar con eficacia su tarea. En este sentido, uno de los propósitos fundacionales de la Real Academia de Ciencias fue precisamente la elaboración de un *Diccionario de términos técnicos*, tarea en la que se ha empeñado la institución a lo largo de ciento cincuenta años y que finalmente llegó a término en 1983 con la primera edición del *Vocabulario científico y tecnológico*.

Este *Vocabulario*, sin duda obra de referencia en el asunto que nos ocupa, ha conocido tres ediciones (1983, 1992 y 1996), pasando de los 13.000 términos iniciales a los más de 80.000 previstos en una futura cuarta entrega, que ha de incorporar, con las facilidades de la moderna lexicografía informatizada, las novedades derivadas del impresionante salto tecnológico de los últimos años en especialidades como las telecomunicaciones, la biología, el medio ambiente, la medicina, etc.

En parecida línea, el *Diccionario esencial de ciencias* (dos ediciones) es un empeño académico, pero también una necesidad social, como acertadamente se señala en el prólogo. Se trata de contribuir, desde donde más se puede y debe, al conocimiento y divulgación de los fundamentos científicos y tecnológicos sobre los que se asienta nuestro modelo de vida. Siempre ha sido así, pero en el tiempo presente es si cabe menos discutible que ciencia y técnica constituyen el armazón de la sociedad y la plataforma sobre la que se construye el poder político y económico de los países. La expresión «sociedad de la información» ha hecho fortuna como descripción de una civilización interconectada y de alcance planetario, que basa su bienestar en la aplicación intensiva de las tecnologías de la información y la comunicación. En este paradigma social nos reconocemos todos, y la innovación científica y tecnológica, tema en otro tiempo acotado a especialistas, ha pasado a formar parte del amplio campo de intereses del ciudadano medio.

Esta referencia a la divulgación viene bien para remarcar la especificidad del lenguaje científico en contraste o comparación con el lenguaje común, a pesar de los puentes que se han tendido entre ambos en este arranque del siglo XXI. Desde la convicción antes expresada respecto a la imparable inmersión en la tecnociencia de todas las facetas de nuestra sociedad (ocio, negocio, educación…), se podría pensar que su terminología ha de progresar por la vía de integrarse cada vez más en el lenguaje común. No parece, sin embargo, que vaya a ser así. La experiencia nos muestra la profunda imbricación de la tarea científica con el lenguaje especializado que la sustenta, y cómo las constricciones conceptuales unidas a las limitaciones impuestas por la necesaria estructuración metodológica conspiran para mantener al léxico científico en gran medida aislado de la influencia exterior.

Pero lo que sí ha cambiado es el entorno. Hoy ciencia se hace en todas partes, y se comunica instantáneamente a través de los medios de transmisión globales. Lo cual impone el uso de una lengua vehicular, en este caso el inglés, que, coherentemente, es también la *lingua franca* de todo lo demás. Ello constituye un doble reto para el idioma español: primero, la generación de los necesarios neologismos (o la digestión de los anglicismos) que el progreso tecnocientífico demanda, y en segundo lugar, la adecuación de nuestra lengua y su inserción en el esquema mundial de la comunicación. En resumen: solucionar el día a día y, a la vez, buscar un buen lugar desde donde contemplar el futuro. Veamos estos dos aspectos con un poco más de detenimiento.

La creación de neologismos (más precisamente, tecnicismos) es algo verdaderamente problemático, como se constata palmariamente al hojear cualquiera de los muchos diccionarios o léxicos especializados que se pueden encontrar por todas partes, fruto de iniciativas, en la mayoría de los casos, de muy corto vuelo. Estoy pensando en el *Diccionario de Internet*, el *Diccionario de informática y ordenadores*, etc., cuyo entusiasmo en cuanto a pretensiones sólo es comparable a su disposición al envejecimiento. La cosa tiene difícil arreglo, porque todo lo que se inventa (y ha sido mucho en pocos años) lo bautizan sus creadores, y éstos suelen ser anglosajones o estar dentro de su ámbito de influencia. O, simplemente, necesitan divulgarlo en el único idioma en el que esta palabra adquiere sentido. Y una vez acuñado, la propagación mundial de un término es instantánea. De este modo, ¿quién se atreve a cambiarlo o traducirlo, arriesgándose así a no hacerse entender? ¿Y qué garantizaría, en todo caso, que la nueva voz fuera aceptada? Para *World Wide Web* o *chat* podrían encontrarse fácilmente sustitutivos, pero a costa de dar muchísimas explicaciones complementarias.

La conclusión es inmediata: en una amplia mayoría de las ocasiones, el término se populariza en el idioma en que fue creado. Como dejó dicho Horacio, «la palabra, una vez lanzada, no puede retirarse». Hay neologismos que pueden corresponder a necesidades estilísticas de un idioma, y por eso son prescindibles o fácilmente sustituibles en otro. No es el caso de los neologismos científicos, que funcionan a la manera de una etiqueta adherida de por vida a un concepto.

En segundo lugar, nos preguntábamos por el proceso de adecuación que nuestra lengua precisa para insertarse con cierta comodidad en el panorama tecnocientífico mundial. Es un asunto resbaladizo, pues si bien el español vive un momento dulce, siendo tras el inglés la segunda lengua en importancia como facilitadora de la comunicación, las circunstancias de la globalización hacen que pierda peso en las grandes cuestiones, tales como la economía, la política o la ciencia. No hay revistas científicas o técnicas de relevancia en nuestro idioma, y el volumen de páginas escritas en español en Internet apenas da para competir por la quinta plaza. En este sentido, el extraordinario laboratorio social que es Estados Unidos, con casi tantos hispanohablantes como España, nos muestra en sus estadísticas que los «latinos» apenas usan el español más allá de la relación familiar, mientras que el inglés crece paulatinamente en el ocio y se impone sin reservas en el ámbito laboral.

¿Corre nuestro idioma el peligro de quedarse en una lengua de andar por casa? Afortunadamente, la dimensión geográfica del español es un activo de valor incalculable, si bien no podemos desconocer que, más allá de España y su pertenencia a la Unión Europea (y la comentada particularidad estadounidense), ninguna de las naciones hispanohablantes está entre los países centrales.

Ángel Martín Municio, que hasta su fallecimiento ha sido el mayor impulsor de nuestra reciente lexicografía científica, escribió en 1999 lo siguiente:

> Si desde la revolución científica, hace tres siglos, la repercusión económica y social de la ciencia, y por lo tanto su terminología, constituyen un soporte del Estado, a nadie puede extrañar la posición excepcional de la autonomía de la ciencia en el conjunto de la cultura universal. Además tampoco hace falta excesiva clarividencia para darse cuenta de que la penetración del lenguaje de la ciencia y de la técnica no es sólo un problema lingüístico, sino que ocupa un lugar importante en los planteamientos políticos y económicos. De esta manera, a la relevancia de la ciencia y a sus relaciones culturales y sociales se une el valor añadido de que su adquisición y su comunicación pertenecen a esa especie de soberanía compartida que es el idioma común. Soberanía compartida que exige la existencia de los inventarios de voces técnicas y la normalización terminológica de la ciencia en español. [...] Posiblemente, esta sociedad de la información en la que nos encontramos inmersos puede favorecer tanto la esperanza como el desespero. Y todo dependerá de cómo nosotros sepamos utilizar con este fin las modernas comunicaciones y su poderosa terminología.

Desde su doble sillón de la Academia de Ciencias y la Española de la Lengua, el profesor Martín Municio marcó un camino que no debe difuminarse entre la desidia institucional y la falta crónica de medios. El retraso, ya excesivo, que va acumulando la cuarta edición del *Vocabulario científico y tecnológico* no invita al optimismo. Sólo la inminente incorporación a la Real Academia de Pedro García Barreno, donde se unirá a otros distinguidos científicos como Antonio Colino, Margarita Salas y José Manuel Sánchez Ron, nos permite refrescar nuestras muy maltrechas esperanzas. ■

Daniel Martín Mayorga es ingeniero de Telecomunicación de la Academia Europea de Ciencias y Artes. Fue coordinador del área temática «El español y la sociedad de la información» en el I y II Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrados en Zacatecas (México) y Valladolid.